

# Menéndez Pidal, viajero por América (1905)

El primer viaje a Hispanoamérica de don Ramón Menéndez Pidal fue motivado por su nombramiento como Comisario Real para elaborar un informe acerca del diferendo fronterizo entre Perú y Ecuador, para el que había sido nombrado por el Gobierno el 7 de diciembre de 1904.

Los dos países habían suscrito un tratado el 1 de agosto de 1887 en el que declaraban que «deseando poner fin amistosamente a las cuestiones de límites pendientes entre las dos naciones» decidían «someter estas cuestiones a Su Majestad el Rey de España, para que las resuelva, como árbitro de derecho, de manera definitiva y sin apelación».

Habían de pasar varios años y el 14 de marzo de 1904, los dos gobiernos solicitaron del español la continuación del arbitraje y el nombramiento de un Comisario Real.

Recordemos que Menéndez Pidal tenía entonces 35 años y ya contaba con la admiración y respeto de historiadores y filólogos. Catedrático de Filología Comparada, era desde 1901 miembro de la Real Academia Española y había publicado obras tan importantes como *La leyenda de los Infantes de Lara* en 1896 y el *Manual elemental de gramática histórica española* en 1904.

Don Ramón emprendió el viaje pocas semanas después de recibir el nombramiento. Por supuesto, no conocía América. Eran los suyos unos ojos que iban a estrenar paisajes, ciudades, gentes. Sus impresiones serán directas, espontáneas, a veces ingenuas y las irá registrando con primorosa minuciosidad y precisión en notas manuscritas con letra menuda, a veces indescifrable, que se conservan —al parecer inéditas— en el archivo documental custodiado durante años, con amoroso cuidado, por su hija, doña Jimena, y ahora por la Fundación Menéndez Pidal, en el chalet de la antigua Cuesta del Zarzal.

Volvamos al viaje. El 24 de diciembre de 1904 embarca don Ramón en el buque *La Champagne* en el puerto francés del Havre, para llegar a Nueva York el 1 de enero de 1905. Cuatro días más tarde, también por vía marítima, continúa su viaje con destino a Guayaquil (Ecuador) en donde desembarca el 15 de enero, para proseguir viaje por carretera hasta Quito, acompañado por un oficial del ejército. Hacen varias escalas y en una de ellas —el 18 de enero— en Latacunga le ofrece un banquete don Juan Abel Echeverría, cuyo discurso impreso se conserva.

Ya en Quito, Menéndez Pidal ofrece el 22 de enero una comida al ministro de Relaciones Exteriores, don Máximo Valverde. La prensa quiteña —como antes la de Guayaquil— se hace eco de la llegada del insigne académico español. En una de sus notas

reseña don Ramón los títulos de los diarios de la capital: *La Patria*, de la mañana, conservador; *La Linterna*, de la tarde, liberal que triunfó en la elección de Plaza; *El Tiempo*, de la mañana.

El 25 de enero se publica una circular de la Vicaría Capitular de la Arquidiócesis de Quito, en la que se piden oraciones a los fieles y al clero por «el acierto de las gestiones iniciadas y su feliz coronamiento». También don Ramón recibirá en esos días un escrito similar del Capítulo de la Catedral de Riobamba.

El 1 de febrero el presidente del Ecuador, general Galo Plaza, le invita a presenciar la revista militar que se celebrará el día siguiente, el mismo día en que tiene lugar el banquete oficial que le ofrece el ministro de Relaciones Exteriores.

Pero al lado de tantos actos protocolarios, están las reuniones con los delegados de los gobiernos ecuatoriano y peruano, señores Vázquez y Cornejo, respectivamente. Así la que celebran en la residencia de Menéndez Pidal el día 4, dos días antes de que procedan a firmar un Acta reservada, relativa al diferendo fronterizo.

También encuentra la oportunidad de ejercitar su gran afición montañera y así lleva a cabo una excursión al pico Pichincha, de la que nos ha dejado una precisa y sugestiva crónica, así como entre sus notas de viaje figuran descripciones relativas a los picos Antisana y Tunguragua. Pero como muestra expresiva de la sincera curiosidad científica y humana de don Ramón, me parece preferible transcribir su relato de la excursión al Pichincha.

## De Quito al Pichincha. 7 y 8 de febrero de 1905

Salida de Quito el 7 a las 4, en coche yo y Mayor Cabrera, chileno. Más allá de la Magdalena tomamos caballos y ya cerca de Lloa nos alcanza el general Andrade y otros ginetes. Llegada a Lloa 6,30 pasada. El director del Observatorio Gunessiat llega el último. Observo la Osa Mayor invertida, al lado opuesto la Cruz del Sur, constelación que ya se empieza a ver en Cuba, 1ª cosa que se enseña a los viajeros en el mar. Y a su izquierda un negro en el cielo, sin estrellas que parece una nube negra y se llama el saco de carbón. El Sr. que me había mandado su caballo y un poncho de sus haciendas, me había enviado colchón y ropa de cama. Iba también en excursión mi ayuda de cámara el quitamanchas Matías, iba en excursión mi cocinero que sabía el desayuno mío y el punto de chocolate y los postres que me gustaban. Pero no duermo sino tres horas y media. Me levanto a las dos y media con diana de clarín pero tardan en encontrar los caballos. Salimos a las 4. Oscuro como boca de lobo, angustioso, me guía sólo el pañuelo blanco de Juan León Mera (el hijo del literato); había cortado ramas del camino para prepararlo pero había dejado tronchos que amenazaban sacar un ojo, y había que ir con la mano delante de la cara y sin anteojos. De pronto voz de caída: el volcanólogo Martínez (hermano del ministro que encontré en camino de Nueva York para contratar [el] ferrocarril de Baños al Curaray, y de la Srta. que comió conmigo en Ambato) se cayó, resbalando su caballo al precipicio y quedándose él en el camino; nosotros sin saber detalles, apurados, nos quedamos sin guía en un callejón de verdura oscuro y sin saber [el] camino. Mientras cogían el caballo se cayó por falta de cincha Mantilla. Seguimos. Amanece; a las espaldas las tres cumbres nevadas del Antisana y el perfecto cono del *Cotopaxi* que lanza negros y colosales penachos de humo que el viento matinal abate continuamente; cuando raya el sol vemos que la mitad de la nieve del cono está enrojecida con la ceniza caída. Llegamos al cráter oriental a las 8. Quise subir el arenal, por el cráter oriental, a pie y me fatigaba y tomé otra vez el caballo; varios caballos con soroche, narices dilatadas y fuelle resuello ruidoso y frecuente, tuvieron que retrasar a sus ginetes. Trepamos a la *cima de 4757* para ver bien la solfarara del cráter occidental y allí me sacan una bandera española que llevaba Álvarez (el del Ministº de Estado) y Mera. Fotografías. Nunca se habían reunido allí

47 caballos más 8 ó 10 soldados de caballería de escolta, ni había resonado allí el clarín militar que saludó [a] la bandera española. Esta subida a 4757 fatiga, pues no se puede hacer a caballo. Teníamos que pararnos frecuentemente a resollar. El agua hirvió a 84 grados (y en Quito a 91). Connesiat rectificó la altura con termómetro de mercurio y resultó ser 4800 y pico. Bajamos a almorzar, yo a pie con unos cuantos. Casos de semisoroche o sea ojos inyectados y dolor de cabeza: el Mayor Cabrera, el naturalista Martínez, los dos redactores de «La Linterna», el general Andrade, oliendo sal de amoniaco, etc. y yo dándome de fuerte. Cuestas terribles y escalonadas que sin embargo bajaban a buen paso los caballos; en cuesta hasta tocar con la espalda en la grupa de los caballos. La vuelta (del cráter al almuerzo de 10 1/2 a 11, del almuerzo a Garzón de 1 1/2 a 3 y de Garzón a Quito de 4 a 6) no lo hicimos por Lloa sino por la hacienda llamada Garzón —donde hicieron un tambito bebiendo vino y cerveza— (por cierto, que el asistente del Mayor Cabrera se apellidaba también Garzón y siempre que le llamaban, yo creía que le hablaban en francés) donde la señora se mostraba satisfecha por haber sido la única quiteña que había subido al Pichincha. En el almuerzo Martínez brindó por María mi colaboradora, a quien las señoras quiteñas quedaban con deseo de haber obsequiado. Álvarez traía encargo expreso del Dr. Vázquez (Plenipotenciario ad hoc) para hacer el mismo brindis.

El cráter sombrío, de 700 ó 400 metros de hondo, su tierra cenicienta toma color de sepia violáceo muy suave, y allí abajo, el cono volcánico con manchas amarillas de azufre, echando columnas de vapor claro como un puchero que cuece. Su descenso —García Moreno fue el 1° que lo hizo— es muy trabajoso y hasta peligroso, porque todas sus partes internas son de ceniza disgregada y piedras volcánicas envueltas en la ceniza que se desprenden y ruedan solas causando ruido de menudo; un soldado y otro de la excursión mía bajaron sentados dejándose caer pero sólo al cráter oriental o pequeño. Bajando sólo unos tres metros, en el cráter oriental, naturalmente, que es el de paredes más bajas se nota un abrigo especial. Cuando el viento es favorable como a nosotros nos pasaba, desde el borde del cráter oriental se nota olor a azufre. Martínez el volcanólogo, cree que se puede asegurar que el volcán no volverá a estar en actividad y se apagará definitivamente. Sacan cargas de azufre !! con lo trabajoso que es subir, y en las faldas nieve que venden en Quito.

Mañana espléndida y despejada a pesar de la frecuente niebla que aquí quita de ver los paisajes. Llevábamos ya 6 u 8 días sin llover lo que aquí es extraordinario, y al día siguiente de venir del Pichincha hizo mañana nublada. Aunque por las mañanas nunca llueve (sino de 2 a 6 de la tarde), la falta de niebla es rara en las alturas. Los valles es frecuente que estén despejados. La vuelta ya la hicimos con niebla en el horizonte y algo de garúa.

El general Andrade me dice que casi todos tuvieron fiebre a la noche siguiente a nuestra llegada, y se extrañaba de que yo no la hubiese tenido. Él en el pico de 4757 metros leyó en voz alta la poesía de Juan León Mera «El Genio de los Andes» (ascensión al Tunguragua y Cotopaxi de Reiss y Stübel) en el tomo de Barcelona que llevaba el hijo de J. L. Mera, y del esfuerzo quedó rendido y tuvo que tomar éter.

Las notas van acompañadas de panorámicas dibujadas con la precisión de un profesional en las que se reflejan los perfiles de los distintos picos de las montañas andinas, con sus respectivas altitudes. Cinco días más tarde, don Ramón hace una detenida visita al Observatorio de Quito, de la que también dejó escrita una crónica en la que anota sus observaciones:

La luna llena de cráteres redondos con cono volcánico en el centro la mayoría. Salvo la cordillera de los Apeninos todo lo demás parecen ojos como de queso de Gruyère. Algunos cráteres redondos tienen materiales arrojados en sus inmediaciones. Llanuras que debieron tener agua y hoy no la tienen. Una corteza enteramente de otro sistema que la de la tierra, toda perforada de puntos volcánicos apagados. No hay agua en la luna y tampoco hay atmósfera pues cuando pasa una estrella muy cerca del disco de la luna no se observa refracción ninguna.

Un punto insignificante cualquiera de cielo mirado con el telescopio parece un cielo total, pues se ven miles de estrellas como en la bóveda total una noche de verano. Un trozo de la vía Láctea presentaba la materia blanca nebulosa (que el telescopio no lograba descomponer en puntos) las estrellas y un hueco negro (como el saco de carbón a la izquierda de la Cruz del Sur).